

RITA LUNA.

De preclara estirpe, vió esta célebre artista la luz por vez primera en Málaga, el 28 de Abril de 1770.

Sus padres D. Joaquin Alfonso de Luna y Doña Magdalena García, habian nacido en el antiguo reino de Aragon, y aquel era descendiente de una ilustre familia. Dedicados ambos al dificilísimo arte de la declamacion, donde no dejaron de recoger laureles, nada tiene de estraño que sus hijas Andrea, Josefa y Rita se aficionasen al teatro, extenso campo que su génio podia recorrer, haciendo aspirar al corazon el perfumado ambiente del entusiasmo.

La educacion de Rita, lo mismo que las de sus hermanas, fué no tanto artística, cuanto esmerada y religiosa, pues eran muy austeros los principios que profesaba su padre sobre este punto.

Bien pronto comenzó Rita á darse á conocer en el dificil arte escénico, eclipsando el mérito artístico de sus hermanas, pues cuando apenas contaba diez años salió por vez primera á las tablas en un teatro provisional, que, con motivo de hallarse cerrados los principales por el fallecimiento del Rey Carlos III, habia abierto por su cuenta un actor llamado Sebastian Briñoli.

La jóven actriz, á pesar de sus pocos años, reveló desde su primera salida las grandes cualidades que reunia, y comenzó á recibir entusiastas y merecidos aplausos, al representar con notable acierto varias comedias de nuestro tan bellissimo como dificil teatro antiguo, dando grandes muestras de sus brillantes disposiciones al interpretar

las siempre instructivas é intencionales escenas de *Una casa con dos puertas mala es de guardar*.

Mas los aplausos que en esta primera época de su vida artística obtuvo, no fueron sino precursores de los que el tiempo reservaba á su génio. Poco despues se ajustó en la compañía de los Reales Sitios, donde comenzó á crearse una reputacion envidiable, y su ya justa fama hizo que en el año de 1790, y en virtud de órden del conde de Florida Blanca, pasase de segunda dama á Madrid, al teatro del Principe, en el que se hallaba de primera la aplaudida María del Rosario Fernandez, conocida vulgarmente con el sobrenombre de la *Tirana*.

En aquel teatro ejecutó en la comedia titulada *La esclava del Negro-Ponto*, el papel de sultana con tal acierto, con aplomo tan extraordinario, y escitando de tal manera el entusiasmo del público, que fué causa de que se repitieran las representaciones por espacio de diez y nueve dias consecutivos, cosa apenas conocida en aquel entonces.

Triunfo tan completo como lisongero, no pudo menos de escitar los celos de la primera dama María del Rosario Fernandez. Acostumbrada la *Tirana* á que aplausos tan repetidos solo á ella se le prodigasen, se desencadenaron en su pecho todos los sentimientos de una envidiosa soberbia, y desde aquel momento pensó únicamente en concluir con aquella naciente reputacion que amenazaba destruir en breve la suya. Para conseguirlo fingióse enferma, obligando de este modo á Rita á ejecutar sin estudio prévio, ciertos papeles en que ella era justamente aplaudida.

Previendo tan indigno proceder, Rita habia estudiado con antelacion concienzudamente la comedia *Celos no ofenden al sol*. Llegó el momento previsto, y cuando tuvo que suplir á la primera dama puso en escena aquella produccion con éxito tan lisongero, que indecible entusiasmo se apoderó de los espectadores, produciendo un efecto desconocido hasta entonces.

Viendo la *Tirana* el mal resultado que su ardid habia producido, solo pensó en salir triunfante de aquella competencia por su vanidosa

voluntad empeñada, y aunque comprendió que su rival era temible, quiso disputarle el terreno palmo á palmo, no creyendo digno ceder el campo sin sostener la lucha.

Herida en su amor propio por ver al público tributar á Rita unos aplausos, de que en su loca soberbia solo ella se conceptuaba digna, se presentó nuevamente en la escena, eligiendo, tal vez intencionalmente, la comedia titulada *La mujer vengativa*, en armonia entonces con los sentimientos de que se hallaba poseido su corazon. Era, sin embargo, demasiado tarde. Todos sus esfuerzos para levantar el ánimo del público fueron inútiles, y éste, preocupado con el génio artístico de Rita, encontró fria la ejecucion, exageradas ciertas situaciones, y lánguida la expresion á veces. Los espectadores apenas la concedieron un aplauso pasajero, por no desmentir la proverbial galanteria española, y María del Rosario Fernandez encontró un desengaño horrible, en justo castigo de sus envidiosas aspiraciones.

En la siguiente temporada teatral pasó Rita con el mismo carácter de segunda dama al coliseo de la Cruz, donde la esperaban nuevos laureles. En la representacion de *El desden con el desden*, produjo entusiasmo indecible, y conociendo la primera dama que actuaba en aquel teatro, Juana García, que era una empresa loca disputar la victoria á aquella eminencia escénica, pidió su retiro, quedando Rita ocupando su lugar, con general aplauso. El público continuó de dia en dia prodigándola sus mas entusiastas elogios, hasta el año de 1806.

En esta época y cuando apenas contaba treinta y seis años, sin motivo alguno ostensible y cuando la fortuna y el favor del público parecian sonreirle, puso fin á su gloriosa carrera, retirándose del teatro sin que nada fuese bastante á hacerla variar de propósito. En vano fueron para su inquebrantable voluntad los mesurados consejos de respetables personas; en vano los ruegos de sus buenos y numerosos amigos; poco interesada, desoyó tambien las amplias y generosas ofertas de la Municipalidad de Madrid, que para satisfacer los justos deseos del público le hizo las mas ventajosas proposiciones. Su reso-

lucion era irrevocable, é inútiles fueron todos los esfuerzos para que continuase un camino que siempre encontró sembrado de flores.

La curiosidad del público, avivada por tan inesperada cuanto tenaz resolución, se esforzó en vano durante largo tiempo por descubrir las causas verdaderas que hicieron á Rita abandonar la escena, y renunciar para siempre á sus legítimos triunfos. Unos lo atribuyeron á desavenencias con el Corregidor de Madrid: otros á un excesivo fondo de melancolía: otros por último, veían tras ellas la última página de la historia de unos malogrados amores. ¡Quién sabe si todas estas causas adunadas contribuyeron á hacerla tomar tan extrema resolución.

El arte escénico tuvo un vacío difícil, cuando no imposible, de llenar; el público de Madrid un genio menos que aplaudir: genio tanto más digno de admiración, cuanto que Rita comenzó su carrera teniendo que crear, porque en vano hubiera querido buscar modelos en su tiempo. El mal gusto declamatorio de su época, la tradición de la Riquelme y la reciente memoria de Ladvénant, debieran haber sido obstáculos que se opusieran á sus triunfos; pero su alma elevada, su sentimiento artístico, su fogosa imaginación y su finísima sensibilidad, lograron apartar los abrojos de su glorioso camino, abriéndose paso su talento hasta el corazón de los espectadores, cuyas fibras hería con esa pasmosa habilidad que es solo patrimonio del genio.

Sus lágrimas hacían correr las de los que escuchaban su voz; su dolor se transmitía mágicamente con su acento, y de su mirada brotaban ya el odio, ya el amor, ya la compasión, ya la venganza. Dotada de natural finura y distinguido porte, sus accidentes todos podían considerarse como verdaderos modelos, haciendo que pareciese en la escena, según las palabras de un distinguido literato de su tiempo, *una princesa rodeada de comediantes*.

La naturaleza la había dotado de tales dones para el teatro, que todos los géneros le eran fáciles y todos los caracterizaba admirablemente; sin embargo jamás se ensayó en la tragedia, lo cual es bien fácil de comprender, si se atiende á la prevención que en su tiempo había hacia esta clase de producciones literarias.

Pero si notable fué Rita Luna como actriz, no lo fué menos como señora. Su sociedad era en extremo afable: su alma dotada de una exquisita sensibilidad, jamás miró con indiferencia las ajenas desgracias; y todos encontraban en ella inequívocas muestras de sus sentimientos generosos, hasta el punto de despojarse de sus propios vestidos para darlos á los necesitados. Su vida, modelo de virtud, era constantemente retraída; y trabajando en su habitación, solo se presentaba á su familia algunos ratos, sin permitir hablar delante de ella de cosa alguna referente al teatro, que tal era el tedio, la aversión que le había cobrado. No por esto dejaba de participar de los caprichos y de las debilidades humanas, una de las cuales fué haber tomado tal resentimiento con Moratin, por haberla censurado al ejecutar una de sus comedias, que jamás volvió á representar ninguna de aquel célebre autor.

A poco de abandonar el teatro, Rita pasó á Málaga y Carratraca, para buscar alivio á sus dolencias, y más tarde á Toledo, desde donde trasladó de una vez su residencia al Pardo: allí, entregada á prácticas religiosas, y reducida á un voluntario y total retraimiento, exhaló el último suspiro, víctima de una pulmonía, el día 24 de Febrero de 1832, bajando al sepulcro á los 62 años de edad.

FIN DE LA OBRA.